

ESCRITORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI EN LOS PAÍSES BAJOS

AL preparar esta conferencia, más de una vez estuve asustado por mi atrevimiento, tan vasta se manifestaba la materia vislumbrada y, en algunos puntos, ya tan perfectamente estudiada, de manera que he temido repetir lo que otros habían dicho antes de mí y al mismo tiempo quedarme en la superficie del tema, infligiendo a los lectores grises enumeraciones de autores, de obras y de fechas. Me esforzaré, sin embargo, por navegar entre estos escollos.¹

Por escritores españoles he entendido especialmente a los que han escrito en castellano, pero hubiera sido injusto descartar absolutamente en aquel siglo XVI a cuantos utilizaron el latín. Por otra parte, he considerado también como escritores a los principales traductores, pero dejando al margen en general las traducciones de la antigüedad, de tal modo que ni Virgilio ni San Agustín embaracen la exposición. He descuidado también no sólo las actas oficiales sino los libros de oración, los diccionarios y los libros técnicos, sea que pertenezcan al arte de la guerra, al de embalar los árboles o a otras materias.

En cuanto a la época a tratar, nada difícil: tomaremos el siglo XVI tal como es, dividiéndolo en dos partes, la primera en que predomina Carlos V, y la otra con Felipe II.

No es preciso recordar que Carlos V habiendo heredado los Países Bajos en 1515, éstos, a partir del año siguiente, fueron arrastrados a un extraordinario destino por la accesión de su soberano al trono de España y, poco después, al del Imperio. De ahí una evolución que debía normalmente envolverlos en el movimiento cultural de España misma. En esos Países Bajos, convertidos en lo que era casi una gran provincia de España, iremos, pues, a buscar las huellas de los escritores castellanos y, a veces, intentaremos obtener de ellos una breve entrevista.

¹ El punto de arranque de este trabajo lo constituyen especialmente dos publicaciones de Jean-Félix Peeters-Fontainas, *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas* (Lovaina, 1933), y *L'officine espagnole de Martin Nutius à Anvers* (Amberes, 1956). A estos libros nos referimos continuamente sin precisar más. No ignoramos las páginas de Morel-Fatio en sus *Études sur l'Espagne* (París, 1895), pero hemos adoptado un punto de vista diferente y más ancho.

No imaginemos, sin embargo, que fueron necesarios los azares de una dinastía y la implantación de una corte flamenca en Valladolid o de una corte española en Bruselas para que se trabaran lazos entre España y los Países Bajos. Desde la Edad Media existían relaciones comerciales entre estas regiones. Van a intensificarse gracias tanto al descubrimiento de las Indias como al portentoso desenvolvimiento del puerto de Amberes, pero otros contactos se entablan en el plano de la vida moral e intelectual.

Cuando Juan Luis Vives llega a Flandes, ninguna unión política seguía vinculando los países del Norte a los del Sur. Estamos en el año 1512. Vives ha dejado Valencia en 1508, a los dieciséis años de edad, en busca de la ciencia. Ha estado cuatro años en París, y ahora viene a los Países Bajos, precisamente a Brujas, a una casa de comerciantes valencianos de su parentesco, los *Valldaura*. Pero al revés de lo que se cree comúnmente no se detiene allí mucho tiempo. Brujas no fue entonces más que una breve parada en el camino que llevaba al muchacho a Lovaina. Es en la Universidad de Lovaina en donde pronto volvemos a encontrarle. ¿A qué viene aquí? ¿Deseaba algo más o algo distinto de lo que le había otorgado la Sorbona? Sin duda, el propio Vives aún lo ignoraba exactamente. Pero siete años más tarde, a Juan Fuertes, un compañero que había dejado en París, escribe una carta que contiene una terrible acusación contra los llamados seudodialécticos de la Sorbona, culpables de no saber más que logomaquia. “Es proverbial —dice él— que en París se aprende a no saber nada... Claro, todas las universidades tienen sus endebles, pero en París se encuentran casi únicamente chácharas... Por mi parte, doy infinitas gracias a Dios que me permitió llegar un día a la luz, dejando París y sus tinieblas semejantes a las del infierno de Omero”. Y a finales de su carta pregunta a su amigo: “¿No te parece que la Universidad de París está, como una vieja de más de ochenta años, en pleno delirio de senilidad?”²

Ahora bien, al llegar a Lovaina, el propio Vives estaba todavía impregnado por los procedimientos seudodialécticos y le fueron necesarios varios años para que se despojase de ellos y los menospreciase. Esa nueva vía no la ha hallado por sí solo: hubo de frecuentar a un Barlandus, que le encaminase al humanismo y le convirtiese al amor de Cicerón y de Virgilio, y hubo de recibir el choque decisivo: el encuentro, en 1516, con el gigante del nuevo Occidente, Erasmo, que le acogió en su intimidad.

² Carta fechada de Lovaina, 13 de febrero de 1519. Cf. Vives, *Opera omnia*, ed. G. Majansio (Valencia, 1782-90). Citada por Ph. Theunissen en su tesis inédita, *Auteurs espagnols du XVIe siècle aux Pays-Bas* (Universidad de Lovaina), pág. 12.

No hay lugar aquí para detenerme en pormenorizar su actividad ni en recordar cómo después de haber dejado Lovaina para venir a Oxford, regresó a Brujas y allí falleció en 1540. Subrayaré sólo que colaboró en la publicación de las obras de San Agustín emprendida en Basilea por Erasmo. Quisiera más bien subrayar la amplitud del genio y del corazón de aquel hombre que compuso tres opúsculos que, más allá de las cuestiones filológicas, le muestran preocupado por los problemas morales, sociales y religiosos de su tiempo: la *Institutio mulieris christianae*, la *Introductio ad sapientiam* (1524) y el *De succursu pauperum* (1526).

Repetiré de buena gana el juicio del Sr. Bataillon: "Vives fue, como su maestro, un escritor por encima de las naciones". Pero tenemos el derecho de recordar aquí que si Vives, ante todo, ha ilustrado el mundo y el latín, ha defendido también el castellano y que, con razón, su estatua adorna el peristilo de la Biblioteca Nacional de Madrid, junto a las de Cervantes y de Lope de Vega. Pero, notémoslo, se trata de una reparación tardía. De los españoles de su tiempo, Vives escribía: "No creo que me envidian, sobre todo en España, y por muchas razones: primero porque estoy lejos de ellos; luego, porque allá pocos leen mis obras, aún menos las entienden, muy pocos cuidan de ellas; tan fría es la gente de nuestra tierra para el estudio de las letras".³

Pero que se escuche, por el contrario, lo que escribía acerca de los Países Bajos, en una carta precisamente fechada en Oxford, el 11 de marzo de 1523: "No tengas ningún miedo a que embrujado por las sirenas de aquí me olvide de mi patria. Y llamo mi patria a Flandes y Brabante. ¿Cómo podría olvidar la patria que he elegido por mi propia voluntad? Ella me está atada hasta lo más profundo de mi ser. Ya su solo recuerdo me es dulcísimo y sola la esperanza de volver a ella me hará revivir".⁴

El cuadro queda así completo: el díptico es elocuente. Y, si se piensa en los seudodialécticos de París y en las sirenas de Oxford, se transforma en un precioso políptico.

Durante el resto del siglo, España mandará a los Países Bajos a muchos hombres de diversa calidad. Obligado a escoger entre ellos y agruparlos, se me perdonará, espero, el no seguir aquí un riguroso orden cronológico.

³ Citado por M. Bataillon, *Erasmo y España*, México, 1950, t. II, pág. 237, n.º 37.

⁴ H. de Vocht, *Litterae Virorum eruditorum ad Franciscum Craneveldium* (Lovaina, 1928). Carta de Vives a Cranevelt, fechada en Oxford, 11 de noviembre de 1523.

Desde luego me quedaré en la vecindad inmediata de Vives. Ya sabemos que Brujas, entonces puerto marítimo rival de Amberes, tenía su colonia de mercaderes españoles: aun hoy un muelle de aquella ciudad sigue llamándose Muelle de los Españoles. Ahora bien, vamos a comprobarlo: entre estos mercaderes los había aficionados a las cosas del espíritu; por ejemplo, este joven Diego de Astudillo, que fue afectísimo amigo del Vives de los últimos años. Hacia 1545 traduce al castellano la *Introductio ad sapientiam* del maestro. Por desgracia, Diego muere prematuramente y su traducción no aparecerá sino póstuma, en 1551, en Amberes.

Otro tratado de Vives, las *Excitationes animi in Deum*, había sido traducido ya y publicado en Amberes años antes por Ortega de Burgos; son los *Comentarios para despertamiento del ánimo para orar* (1537).⁵

Este Ortega hay que identificarle con el Diego Ortega de Burgos, que vivía en Amberes y que era el tío de Francisco de Enzinas. Este Francisco había nacido en Burgos hacia 1520, pero fue probablemente educado en Amberes.⁶ Sea lo que fuere, se matricula en la Universidad de Lovaina el 4 de junio de 1539. Parece muy seducido por los protestantes, especialmente por Melanchtón, y no sin razón varios son los que están persuadidos de que escribió la *Breve y compendiosa institución de la religión christiana*, que no es más que una transposición al castellano de la *Institution chrétienne* de Calvino, así como del *De libertate christiana* de Lutero. Pero autor y editor se han escondido bajo nombres supuestos, sin mención tampoco de fecha, la que, con verosimilitud, es de 1540.

Como quiera que sea, una obra más relevante, auténtica ésta sin la menor duda, iba a tentar a Enzinas: una traducción castellana del *Nuevo Testamento*. Se imprimió en Amberes en el año 1543. Enzinas la dedica a Carlos V, insistiendo en el hecho de que "la nación española es la única en Europa que no conoce el bien de una traducción del *Nuevo Testamento*, mientras que la lengua española es la más hermosa de todas las lenguas vulgares". La entregó personalmente al emperador e hizo muy bien, porque sólo la benevolencia de éste y de su corte le preservaron del más trágico infortunio. Ello no obstante, no pudo impedir que fuese preso unos quince días más tarde y estuviese catorce meses encarcelado en Bruselas, en una cárcel, sin embargo, relativamente amena, de la cual tuvo facilidad para

⁵ El título (*Comentarios*, etc.) corresponde sólo al primer y pequeño tratado del libro, que entre otras cosas contiene una larga aclaración del *Pater*.

⁶ Sobre Francisco de Enzinas, véase M. Bataillon, *op cit.*, II, págs. 100-103, y Theunissen; *loc. cit.*, págs. 22-28.

escaparse en febrero de 1545. Después de esto, claro que se abstuvo de quedarse más en los Países Bajos o en España o de volver a poner allí los pies.

Este *Nuevo Testamento* y la *Breve Institución* no son, por lo demás, los únicos libros de Enzinas. Además de traducciones de autores latinos y griegos que fueron efectuadas en Alemania, en Suiza o en Inglaterra (Enzinas enseñó el griego en Cambridge), pero que deben, por cierto, relacionarse con las clases que había cursado en el Collegium Trilingue de Lovaina, hace falta que mencionemos su obra latina *De Statu belgico, deque religionis hispanicae historia*, que narra los acontecimientos en los que estuvo envuelto durante su estancia en los Países Bajos de 1543 a 1545. En verdad, estos relatos son realmente memorias que, como lo atestigua Menéndez y Pelayo, alcanzan la vivacidad de una novela, y son una muestra del género autobiográfico bastante escaso en España.⁷

Como lo afirmaba Enzinas, los españoles no tenían casi ningún acceso en su lengua al texto del Nuevo Testamento. Disponían sólo de una manera de antología desde que Eguía había publicado en Alcalá (1502-3) la *Vita Christi* de Ludolfo el Cartujano, traducida y retocada por Ambrosio de Montesino, quien unos diez años más tarde había publicado también en Toledo una antigua traducción de las epístolas y de los evangelios del ciclo litúrgico. Estas obras que habían de ser prohibidas por Valdés en 1559, conocieron varias ediciones en Amberes, en los años 1544, 1550 y 1558.

En cuanto a las obras religiosas de autores españoles, algunas salieron a luz en los Países Bajos. Tales son el *Missus est*, el *Trilogium evangelicum*, la *Pars Occidentalis*, tres volúmenes del franciscano español Osuna.⁸ Estas colecciones de sermones o de comentarios bíblicos aparecen una tras otra en los años 1535 y 1536, lo que nos sugeriría, si es que ya no lo supiésemos por la propia confesión del autor, que éste las llevaba en su maleta cuando llegó a Amberes en 1534 y que precisamente había venido a los Países Bajos para hacerlas imprimir.

Igual que Vives en Brujas, Osuna había encontrado en Amberes un buen número de compatriotas. Estuvo más de dos años entre ellos y, consecuencia de su trato, nos ha dejado afortunadamente algunos ecos en su

⁷ *Historia de los heterodoxos*, en *Obras completas*, Madrid, C.S.I.C., t. 37, pág. 297.

⁸ Sobre Osuna, véase Fidèle de Ros, *Le Père François d'Osuna*, París, 1936, particularmente págs. 148-49.

Quinto Abecedario. Ha admirado la prosperidad de Amberes, de “aquella solemnísima tienda de Europa donde hay mayor trato que en Venecia”. Pero ha denunciado también los abusos de los comerciantes y hacendistas. Para remediarlos propone, por lo demás, soluciones radicales, antes harto simples, como instaurar una antigua ley que vedaba a los brabanzones seguir haciendo comercio cuando hubieran ganado 30.000 florines. Y nos cuenta la historia de aquellos mercaderes que “acordaron de embiar a los doctores de París rogándoles porque les informasen de lo que allá se llaman cambios y les respondiessen si eran lícitos o no”. Los catedráticos “no pudieron ver bien los lazos” de esas cosas complicadas del cambio, y, por eso, “respondieron lo que no les preguntavan”. “No te maravilles”, nos dice el fraile,

porque te aviso que se han hallado en Flandres muchos mercaderes que tienen ingenio de diablos en trampear.

Y él mismo muchas veces hubo de conceder que

ni Escoto, ni sancto Thomas alcanzaron las sotilezas de la mercadería y cambios flandescos.⁹

No creamos, sin embargo, que Osuna estuviese muy dispuesto a desempeñar el papel de inquisidor. Las olas de la herejía que se extienden cada vez más por los Países Bajos, provocando sangrientas sediciones, es cierto, las deplora y quisiera contenerlas. No obstante, escribe: “a los que tienen enferma la fe muy bien se curará con sana doctrina, y dulces amonestaciones y fervientes oraciones”, y “no con dezilles: herege, herege, ni amenazándolos con el fuego, antes inflamándolos con el espíritu del amor de Jesu Christo”.¹⁰

Junto a Osuna, cabe dar un lugar, pero menos importante, a su cofrade Alonso de Madrid, que no escribió más que dos tratadillos espirituales, el *Arte para servir a Dios* y el *Espejo de ilustres personas*. Estos opúsculos, editados muchas veces en España y otras partes a partir de 1521, aparecen también una vez en Amberes, en 1551, y en Lovaina, en latín, en 1560.¹¹

Aun otro franciscano, Juan de Dueñas, se afaná por consolar a los afligidos. Debió conseguir bastantes lectores si juzgamos de ello por las dife-

⁹ F. de Ros, *op. cit.*, pág. 150.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 155.

¹¹ Cf. J. Christiaens “Alonso de Madrid”, en *Les Lettres Romanes* (1955), IX, págs. 261 y sgts.

rentes partes de su *Espejo de consolación de los tristes* que son editadas de 1546 a 1558.

A pesar de sus defectos, no sería equitativo olvidar aquí a otro escritor franciscano —cuyas obras disfrutaron en España de un éxito esclarecido: Antonio de Guevara. En los Países Bajos fue apreciado. Notaremos desde luego las tres ediciones de su *Monte Calvario* y las dos de su *Oratorio de religiosos* (en Amberes, respectivamente, en los años 1559, 1570, 1571, y en 1550 y 1569). Éxito mediano, no enorme. *El menosprecio de corte y alabanza de aldea* no tuvo tampoco más que tres ediciones (1539, 1545, 1557?). ¿No sería esto el indicio de que Guevara no tocaba profundamente el gusto de los hacendistas o de los cortesanos que debían constituir la mayor parte de sus lectores? Como quiera que sea, tales cifras palidecen mucho frente al *Libro áureo de la vida de Marco Aurelio*, que después de una primera edición en 1529, tuvo una duodécima en 1594. Asimismo las *Epístolas familiares* son editadas por primera vez en 1544: aparición tardía que, sin duda, limita su éxito a cuatro ediciones posteriores en el siglo XVI, pero que fueron seguidas de otras seis en el siglo siguiente.

Volveremos a una espiritualidad más substancial con las obras del dominico Luis de Granada. Tres ediciones sucesivas (Amberes, 1556, 1558 y 1559) atestiguan la atracción ejercida por su *Libro de la Oración*. Pero, en 1572, Luis de Granada se impone masivamente por su *Memorial de lo que deve hazer el Christiano*, su *Guía de pecadores* y sobre todo los diez volúmenes de sus *Obras espirituales*.

Sería fastidioso y sin provecho mencionar aquí otras varias obras espirituales. Destaquemos sólo el *Contemptus mundi* de Thomas à Kempis. Claro, los Países Bajos no necesitaban que esta obra maestra que era suya les fuese enseñada. Pero agrada ver regresar a su patria, vestido de español, ese librito al que Juan de Ávila se había empeñado en restituir su limpieza y claridad original: su *Imitación de Cristo* es editada cinco veces entre 1541 y 1542, en Amberes.

Terminemos esta sección con una breve evocación de dos ilustres víctimas de la Inquisición: el doctor Constantino Ponce de la Fuente y el Cardenal Carranza, cuyos libros aparecieron en Amberes entre 1550 y 1558.¹²

¹² Cf. Bataillon, *Erasmus y España*, particularmente II, págs. 118 y sgts.; páginas 323 y sgts.

Los libros de historia atraen la atención, ya se trate de la historia antigua, ya de la leyenda española, ya de la conquista de las tierras recién descubiertas, ya de los países misteriosos y amenazantes del Oriente. La misma España se interesa apasionadamente por los turcos, y allí, dice el señor Bataillon, se cuenta el doble de libros sobre Turquía que sobre el Nuevo Mundo.¹³ Aunque en menor grado, esta moda se refleja en el Norte. Pero aquí había muy cerca otra importantísima pelea: Alemania era el gran campo de batalla de la época. Luis de Ávila y Zúñiga fue encargado por el emperador de escribir la crónica de esta guerra en la que había tomado parte al lado de Carlos V en 1546-7. Inspirándose en César, Zúñiga redactó su *Comentario de la guerra de Alemania*. A pesar de artificios literarios, su libro, sobrio y claro, llegó a ser desde su aparición un "best seller". Amberes hizo de él cuatro ediciones en tres años, además de las traducciones francesas, flamencas y latinas, todas entre 1548 y 1550. Y esto sin hablar de las versiones italianas, alemanas e inglesas que salieron fuera de los Países Bajos. Carlos V no fue el menos contento, pero con un humor realista, declaraba, a lo que dicen: "Mis hazañas no igualan las de Alejandro, pero no tuvo un cronista como yo".¹⁴

Otro cronista, éste junto a la persona del joven Felipe, Calvete de Estrella, no sólo ha publicado en 1551, en Amberes y en latín, su comentario sobre la conquista de África, no sólo ha descrito el *Túmulo imperial* edificado en la catedral de Valladolid para las exequias del emperador, sino que, ante todo para nosotros, es el autor del *Felicitísimo viaje del Príncipe don Phelipe..., desde España a sus tierras de la baxa Alemania*. Carlos V había querido que para su educación su hijo viajase y entrase personalmente en contacto con sus futuros estados, a lo largo de una gira que duró dos años (de 1548 a 1550). Fue en 1552 cuando el relato de Calvete apareció en Amberes. Calvete describe en él con mucha animación las fiestas organizadas con motivo de la acogida del príncipe, y su crónica ofrece muchas páginas vivas y coloreadas que incluso hoy se leen con interés, pero que para los españoles de aquel tiempo fueron una revelación. Por primera vez, en efecto, un documento castellano les llevaba una imagen detallada de aquel país lejano al que la fortuna había ligado su propia tierra.

He aquí una muestra de un banquete mágico verificado en Binche, en Henao.

¹³ *Ibidem*, II, pág. 444, n.º 28.

¹⁴ Citado por Theunissen, *loc cit.*, pág. 35.

La decoración: una sala encantada. "La techumbre" es "como un natural cielo". Las paredes están cubiertas de alto en bajo por alfombras, espejos curvados y pinturas. Una multitud de "lmparillas... arden con aceites de olores suavísimos". En el centro, cuatro "columnas de jaspe" "cercadas de un antipecho" llegan al cielo.

Y estando el Emperador, Reinas y Príncipes, damas y caballeros, los que cabían alrededor del antipecho, mirando las columnas y planetas muy embebecidos, en un instante... se revolvió el cielo, y comenzó a tronar y relampaguear tan naturalmente, que quitaba la vista, y granizaba muchos y muy buenos confites, y llovía aguas de azahar, de rosas y preciosísimos olores, y con aquella tempestad y relámpagos y truenos vieron bajar una mesa del cielo pegada cada esquina della a una de las columnas, sin parecer el artificio con que se hacía, y llegando la mesa a asentar sobre el antipecho paró allí, y luego sosegó el cielo, y la mesa pareció adornada de ricas telas, con muchos y diversos platos de porcelana, con todo género de conservas, de cuantas maneras imaginarse podían, todas muy excelentes y preciosas.¹⁵

Calvete desempeña todavía un papel interesante en el caso del *Caballero determinado*. Él fue quien recibió de Carlos V en 1552 la autorización de imprimir este poema moral y alegórico que el emperador mismo había trasladado al español con Hernando de Acuña. El original, como se sabe muy bien por el libro de Carlos Clavería, es el *Chevalier délibéré* de un caballero borgoñón, Olivier de la Marche. El *Caballero determinado* aparece en Amberes en 1553, 1555 y 1591. Ahora bien, de esta novela, Jerónimo de Urrea, por su parte, había preparado también una traducción en verso, que apareció, en 1555 también, pero en otra casa editorial. De la historia de esas ediciones un detalle debe ser puesto de relieve: un cargamento de volúmenes que Calvete destinaba a España se perdió parcialmente en camino.¹⁶

Con Urrea y Acuña tocamos a la epopeya romanésca, ya que el primero ha trasladado tres cantos del *Orlando innamorato* mientras el segundo publicaba en Amberes su traducción del *Orlando Furioso*. Es ésta, la que Cervantes encuentra en la biblioteca de Don Quijote, y que no es arrojada al fuego, sino sólo a un pozo seco.

¹⁵ *Documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, t. II, pág. 68.

¹⁶ Cf. C. Clavería, "*Le chevalier délibéré*"... y sus versiones españolas. Zaragoza, 1950. Sobre el incidente señalado, véase J.-F. Peeters, "A propos des éditions du *Caballero determinado*", en *Les Lettres Romanes* (1959), XIII, págs. 69-70.

La poesía lírica tenía también sus aficionados en los Países Bajos, puesto que las poesías de Boscán, constantemente seguidas por las de Garcilaso, merecen diez ediciones en el espacio de cincuenta años, desde 1544. Por lo demás, no separemos de Boscán su traducción del *Cortegiano*. Editada en 1544, hay cuatro ediciones más en la segunda mitad del siglo.

¿Y la novela? La novela caballeresca tan en boga en España, ¿sería ausente de los Países Bajos? Se adivina que es imposible. En efecto, el *Amadís de Gaula* ahí está con sus cuatro libros, publicados en Lovaina y Amberes, en 1551. Ahí está, pero reconozcámoslo, está casi solo. ¿Qué quiere decir esto, que las ediciones de España satisfacen a los españoles lejos de su patria? ¿O que entre estos españoles muy hacendosos, muy realistas, empeñados en la guerra o el negocio, esta clase de literatura no consigue la predilección? De todos modos la boga de los libros caballerescos pasa de moda hacia mediados de siglo en los Países Bajos, los cuales, al parecer, dan la señal de un desagrado que tardará aún diez o veinte años en alcanzar España.

Pero se sabe que hacia mediados de siglo también, otra especie de novela comienza a conquistar al público español: la novela pastoril. Movimiento paralelo en los Países Bajos: las *Obras* de Montemayor aparecen en Amberes en 1554 y 1558, mientras *Los siete libros de la Diana* salen a luz allí en 1561, 1575, 1580 y 1581. Por cierto, esto es indicio de algún favor, pero tales datos me impulsan antes bien a creer que la novela pastoril misma no fue más que medianamente apreciada. Y tanto más puede creerse cuanto muy diferente es la suerte de la literatura realista.

He aquí *La Celestina*. Se imprime ocho veces en Amberes desde 1539 hasta 1599. Y hela flanqueada, en 1555, de la *Segunda comedia de Celestina*, de Feliciano de Silva. Y luego..., luego hay el famoso *Lazarillo de Tormes* en 1554. ¿Es en Amberes en donde salió a luz por vez primera o en Burgos o en Alcalá? Imposible resolver el problema.¹⁷ Pero sí consta que el *Lazarillo* está emparentado con Uylenspiegel, tendría alguna probabilidad de haber nacido en Flandes. Y añadiría de buena gana otro indicio —un indicio, no más—: una obra editada ya en España nunca aparece en los Países Bajos sino varios años después de la edición española. En todo caso, la *Segunda Parte del Lazarillo* sigue muy de cerca la primera, ya en 1555, y sale de la misma casa editorial, la de Nucio.

¹⁷ Cf. La introducción de M. Bataillon a *La vie de Lazarillo de Tormès*, París, 1958.

Otra novela anónima, no menos sobresaliente, fue redactada o al menos pulida y acabada en los Países Bajos, ya que su dedicatoria, dirigida a Felipe II, es datada de Bruselas, 1.º de marzo de 1557. *El Viaje de Turquía*, escrito por una pluma sobremanera hábil, primer representante de un género nuevo, quedó mucho tiempo manuscrito. ¿Es su autor el doctor Andrés Laguna, como lo pretende con tanto brío y erudición el Sr. Bataillon? Lo creo. En todo caso, es absolutamente seguro que Laguna vivía en los Países Bajos en 1555, ya que publica allí una traducción muy personal del tratado de medicina de Discórides y, en 1556, un *Discurso breve sobre la cura de la pestilencia*. Pero incluso si fuese necesario negarle la atribución del *Viaje*, este libro seguiría apareciendo siempre como “una novela realista de aventuras exóticas y de peregrinaciones intelectuales, algo que no tiene par en ninguna literatura del siglo XVI. Gran novela la que consigue pasar por verdad, y no entre lectores ingenuos... aunque también suelen serlo los eruditos”.¹⁸

En cuanto al teatro de la Península, ¿fue conocido en los Países Bajos? Sí, ya que la *Propaladia* de Torres Naharro es editada en Amberes en 1547-48.

Y de esta manera habríamos acabado con todos los géneros literarios importantes si no nos encontrásemos en España en que luce otro género típico riquísimo: el romance. Ahora bien, una gran iniciativa atañe aquí a los Países Bajos y a las prensas amberenses. Cuando en 1546 edita la *Questión de amor y Cárcel de amor*, Nucio para no dejar hojas blancas a finales de volumen, publica al mismo tiempo tres romances. “Providencial inspiración”, ha escrito el Sr. Peeters, “aseguraré (a Nucio) un lugar relevante en la historia de la literatura española. No cabe duda de que los acostumbrados clientes de la librería española le hayan incitado a esta clase de publicaciones, y de ahí nació el primer *Cancionero de Romances*, que no está fechado pero que debe estarlo, sin duda alguna, de 1547-48”.¹⁹ Este *Cancionero* vuelve a aparecer en 1550, 1555 y 1568. Además, un *Cancionero general* es publicado por la misma casa en 1557 y 1573. Tal hecho, digamos mejor, tal hazaña refuerza el sentimiento de que de la misma casa pudo bien salir también la primera edición del *Lazarillo*.

¹⁸ Véase M. Bataillon, *Erasmus y España*, II, págs. 279-304, y *Le Docteur Laguna auteur du Voyage en Turquie*, París, 1958, pág. 107.

¹⁹ *L'officine espagnole de M. Nutius*, pág. 17.

Terminaremos lo que concierne a la época de Carlos V, hablando de las enciclopedias y de diversas traducciones.

Entre éstas, por su importancia evidente, tan magistralmente puestas a la luz por el Sr. Bataillon, destacaremos desde luego las traducciones de Erasmo. En verdad, la mayor parte de ellas, los españoles las poseían ya desde quince, veinte o treinta años, ya que aparecen sólo en los Países Bajos hacia 1550-55. El caso es tanto más curioso puesto que un editor amberense, seguramente a petición de su clientela local, hubiese estimado aún provechoso el publicar en 1555 dos volúmenes de Erasmo. El *Enquiridión* y los *Silenos de Alcibiades*, después de haber editado en 1550 *La Lengua* y en 1549 los *Apotegmas*. Esta recopilación de dichos memorables, por lo demás, había encontrado la suerte de tener un segundo traductor y una segunda edición en Amberes, en el mismo año. La segunda traducción era del médico Juan de Jarava, la primera de Francisco Thámara. Aquí, igual que en los demás libros que vamos a citar, Thámara se da cada vez el título de “profesor”, “preceptor” o “catedrático” de Cádiz. Aunque quiso siempre que sus obras se imprimiesen en Amberes, no parece que jamás haya residido allí. Sea lo que fuere, publica una *Gramática en metro castellano* (1550), luego, de Virgilio Polidor, *De la invención y principio de todas las cosas* (1550), luego todavía, una *Suma y compendio de todas las crónicas del mundo* (1553), y por fin, según Boemus, *El libro de las costumbres de todas las gentes del mundo* (1556). Resueltamente nuestro Thámara tenía gusto por las enciclopedias: tres en seis años. Pero más allá de lo que parece una manía suya ¿no hay que descubrir una afición certera del público por tales libros?

Y ¿no es esta misma afición del público lo que explica el éxito inverosímil de la *Silva de varia lección*, de Mexía? Este Mexía no era de índole viajante, y por cierto no dejó su Andalucía, aún menos que Thámara. Algún día hubo de entrar en contacto con Nucio de Amberes, ya que éste hará salir de sus prensas la *Silva* en 1544 y luego, cuatro veces más durante el siglo, sin que agotase así su éxito que se prolongará hasta avanzado el siglo XVII. Sus *Coloquios* no conocieron más que dos ediciones, pero su *Historia imperial y cesárea* tuvo cuatro, todas en el siglo XVI.

No olvidemos la *Historia Ethiópica* de Heliodoro, que fue trasladada del francés, pero revisada sobre el texto griego por un español que ha callado su nombre y que era sin duda un refugiado religioso. Sale a luz en Amberes en 1554 y merece ser señalada porque fue la única a disposición de España durante más de treinta años y porque le proporcionó un tipo

nuevo de novela que iba a ser más tarde ilustrado, particularmente por Cervantes.²⁰

Y he aquí, para acabar, un escritor que si bien no es de primer orden, es, sin embargo, muy interesante por las luces que nos proporciona sobre nuestro tema y también por un aspecto particular de su obra. Quiero hablar de Juan Martín Cordero. Cordero nació en Valencia en 1531 e, igual que Vives, llega a los Países Bajos. Como Vives en 1553, viene de París en donde había cursado estudios en la Sorbona. Frecuentó, igual que Vives, a sus compatriotas de Brujas, pero frecuentará más a sus compatriotas de Lovaina —y más aún los de Amberes—. Si, por cierto, no es de la estatura de su conciudadano, es listo, elocuente, valiente, apasionado por las letras. Por lo demás, treinta años después de la llegada de Vives, ya no escribe en latín, sino en castellano.

En Lovaina cursa el derecho y la teología, pero con inconstancia. Principalmente, había venido a los Países Bajos —un hombre más de este género— para hacer imprimir una epopeya, la *Christiada* de Vida, que había trasladado a metros castellanos, y que aparecerá en 1554. Ahora bien, Nucio, el impresor de su *Christiada*, necesitaba un buen corrector y había presumido pronto el provecho que pudiese sacar de este joven español, hacendoso y culto, y le alojó en su casa. De modo que nuestro estudiante valenciano puso la última mano a tantas célebres ediciones salidas de la oficina de Nucio. Sin embargo, él mismo suministraba copia a su dueño, y el traducir fue por siete u ocho años, uno de sus empeños corrientes: tradujo a Alciato, Vives, Moffan, Erasmo, Flavio Josepho, Goltzius, Eutropio, Rovilio. Pero su familia insistía en que volviese a su patria, de manera que en 1563, Juan Martín dejó los Países Bajos con pena y con el propósito de regresar pronto. Al llegar a España llevaba consigo, como regalos, libros del Norte, prometiéndose hacer lo mismo en otros viajes en lo sucesivo. Pero su existencia tomó rumbo muy diferente. Es ordenado de sacerdote, llega a ser cura en Valencia, muere a finales de siglo.

Tal y como acabo de esbozarlos, el retrato y la vida de este escritor despiertan sin duda la simpatía. Y, sin embargo, el mejor Cordero no es ni el estudiante, ni el corrector, ni siquiera el traductor de múltiples obras. Es el memorialista.

²⁰ M. Bataillon, *Erasmo y España*, II, págs. 222-5.

Sus *Memorias* han quedado inéditas hasta 1927. Fueron redactadas sólo en los últimos años del siglo XVI y en España, pero hablan largamente de su estancia en los Países Bajos. Ya hemos señalado el mérito de Enzinas, a ese respecto, y sin embargo, Enzinas no ha relatado más que recuerdos de un breve período de su vida y en latín. Cordero, al revés, ha escrito sus *Memorias* en castellano, y nos habla de toda su vida desde los meses que era amamantado por su madre hasta los últimos años. En sus mejores páginas, sus *Memorias* equivalen a las mejores novelas realistas, y, acaso, después de lo que voy a leer, se puede juzgar que Cordero merece figurar honrosamente en el magro grupo de los memorialistas españoles:

[En Medialburque] hallé una navecilla pequeña que iba allá (es decir, a Londres). Me embarqué, aunque hallé que tenían hombre que se era muerto en la misma nao, y quando vino la noche que ya caminavamos, con tres vezes el Pater noster, y otras tres la Avemaria todos los de la nao arrodillados, embuelto dentro de una estera lo echaron en la mar, acordándome yo del Palinuro de Eneas, donde dize “ignota Palinure jacebis arena”.

Caminamos toda la noche y passamos a salvamiento todos los bancos de Flandes, que son unos montones de arena que la misma mar haze por allí, peligrosos por dar al través, aunque los señalan con ciertas cuerdas y palos con trabajo continuo, porque se suelen mudar con las avenidas de los vientos y de las aguas. Y estando ya a vista de Ynglaterra, veys aquí donde se torna el viento contrario, y hubimos de tornarnos a Medialburque sin poder resistir.

Allí determina de salir de la nao, de pasar a “tierras de Flandes firmes”. Llega a Brujas, donde toma la posta para Calés y luego se embarca para Inglaterra. A Dovra, nos dice,

... tomé luego cavallos de posta con otros cinco o seis señores que nos juntamos y passamos y passamos a Conturberi, que es una bonita tierra, y tiene una yglesia digna de ser vista, adonde quitaron la vida al bienaventurado santo Thomás obispo de allí, y donde lo vimos enterrado y en su sepultura.

Aquí tienen costumbre de alquilar cavallos tal que pagado que avemos, nos dejan ir sin pedir fiança ni cosa otra, y en llegar adonde vamos los dexamos en la calle, y ellos mismos se van donde tienen su recogimiento, y ninguno los detiene, ni les falta jamas cavallo, de donde se conoce la fidelidad desta gente en esto.²¹

Los años que siguen inmediatamente a la abdicación de Carlos V son todavía ricos en publicaciones de diversa clase. Pero la industria del libro

²¹ “Juan Martín Cordero”, publicado por F. Martí Grajales en su *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico*, Madrid, 1927, p. 145. He modernizado algo la ortografía. De un modo general no se pueden admitir sin reservas las lecciones del editor.

conoce pronto una crisis, o al menos un retroceso. El reinado de Felipe II es desastroso. La rebelión, la represión, la guerra, todo abruma los Países Bajos y lo nuevo no abunda. Mi exposición podrá hacerse aquí tanto más corta cuanto por haber señalado ya las más importantes reediciones.

Debemos empezar por dos obras que recuerdan algo del tiempo de Carlos V: dos obras que fueron escritas a intención del nuevo rey, como anteriormente para el joven monarca su padre, Erasmo había escrito la *Institutio principis*; ahora dos españoles se estimaron capaces de formar al joven Felipe. De tal modo Felipe de la Torre dedicó a Felipe II su *Institución de un rey christiano*, en 1556. A decir verdad, escribe el señor Bataillon, "parece que no sospecha siquiera que Erasmo haya tratado alguna vez el tema de su libro. Este es un puro alarde de erudición escriturística y patrística, en el que nunca se trasluce el problema apremiante, actual de un gobierno según Cristo". En recompensa, un valenciano, Federico Furió Ceriol, fue mucho más atrevido y original. Su obra, *El Concejo i concejeros del Príncipe* (Amberes, 1559), por desgracia, no es más que una pequeña parte de un libro que debía ser mucho más vasto, la *Institución del Príncipe*, que hubiera sido más realista, pero no menos humano que el de Erasmo.²²

En cuanto a la poesía épica, el Sr. Frank Pierce²³ es el que aquí nos será de más socorro. Nos indica, en efecto, varias obras editadas en los Países Bajos: de Baltasar Vargas, la *Jornada que ha hecho el... Duque de Alba hasta los Estados de Flandes* (Amberes, 1556); de X. Ayllón, *Los famosos hechos del Cid* (Amberes, 1568); de Francisco de Aldana, la *Jornada de Africa* (Amberes y Bruselas, 1594), así como otra obra quedada manuscrita, datada en 1579, *El victorioso Carlos V*. A lo cual podría adjuntarse acaso *El sitio y toma de Anvers*, de Manuel Giner. Pero todos esos poemas palidecen al lado de *La Araucana*, de Ercilla, de la que Amberes suministró las tres partes en tres ediciones sucesivas, pero, notémoslo una vez más, con un retraso de varios años en zaga de las ediciones de la Península.

Entre los relatos de oficiales del ejército, nos detendrán sólo *Los sucesos de Flandes... del tiempo de... Farnese*, de Alonso Vázquez. Morel-Fatio, que ha analizado parcialmente este libro, lo declara "el más importante que haya sido escrito por un español sobre las cosas de Flandes".²⁴ Efectiva-

²² Bataillon, *Erasmo y España*, II, págs. 234-6.

²³ *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid, 1961.

²⁴ *Études sur l'Espagne*, Ia. serie, París, 1895, pág. 275.

mente, se encuentran en él páginas muy curiosas, cuando, por ejemplo, trata del vicio de la embriaguez tan extendido por el país:

No hay que maravillarse... tengan tan grande (este vicio), pues lo maman con la leche desde niños al pecho de las madres, y el rato que las dejan les ponen en las manos unas tetas de madera, contrahechas, llenas de vino o cerveza, y maman en ellas de la misma manera que las naturales como si fuera leche. Hasta que los destetan...

Las mujeres, aunque beben, jamás se privan de su juicio, y son más sobrias, y dellas depende todo el gobierno de sus casas y familia y sus tratos y contratos. Son tan diestras y pláticas en esto y en escribir, leer y contar por cifra, que pocos hombres se las igualan, ni en el saber las cuatro lenguas necesarias y que se acostumbran en estos países. De su naturaleza son libres y muy blancas, rubias, hermosas y corteses; poco limpias en el comer, pero en el vestir muy aseadas, y tan bien entendidas, que no hay ninguna que no dispute cosas de la fe como si fueran teólogos, porque en su vulgar tienen muchos libros impresos, particularmente la Biblia, y de muy tierna edad la aprenden y tienen en la memoria.

Y después de haber cumplido con las obligaciones de su casa, van a media noche a buscar a sus maridos a las tabernas, cada una con su linterna, y los traen de la mano dando cafdas, y algunas veces en brazos porque la fuerza del vino los desatina de suerte que no ven donde ponen los pies.²⁵

Con todo, Alonso Vázquez es el que nos habla de los Países Bajos como de una "tierra tan populosa y rica, y de la mayor recreación que hay en Europa, pues (dice él) para encarecer cualquiera cosa se dice comúnmente en nuestra España: "no hay más Flandes" ".²⁶

Por ventura, para compensar la grisalla del reinado de Felipe II, se yergue un hombre insigne que adorna la segunda mitad del siglo como Vives la primera: Benito Arias Montano.²⁷

Natural de Extremadura, Arias Montano era un hombre maduro cuando vino a los Países Bajos, pero no se arraigó allí como Vives, ya que los dejó al cabo de siete años, en 1575. Allí realizó, sin embargo, una grandísima obra: por mandado del rey dirigió la edición de la *Biblia políglota* de Amberes, que apareció de 1568 a 1572. Trabajador encarnizado, sabio de amplia envergadura, humanista consumado, ha escrito habitualmente en latín, pero sus obras están en castellano cada vez que ello le era posible. Además de esto, encargado de misiones diplomáticas o políticas, en estos

²⁵ "Los sucesos de Flandes", en *Colección de documentos inéditos*, Madrid, 1878-80, t. LXXII, págs. 30-32.

²⁶ *Ibidem*, pág. 28.

²⁷ Cf. Bataillon, *Erasmus y España*, II, págs. 356-61; Theunissen, *loc. cit.*, págs. 57-92; B. Rekers, *Arias Montano*, Amsterdam, 1961, págs. 248-49.

campos también desempeña un papel de importancia. Se ha dicho de él que fue el más sensible y humano de los informadores del rey. Con esto estaba sin cesar en relaciones con los artistas, grabadores y pintores de los Países Bajos.

Es de notar que la publicación de la *Biblia* depende de una iniciativa del impresor Plantin, que sueña con ella en 1566. Pero nunca Plantin hubiera podido llevarla a cabo ni científica ni económicamente sin la intervención acaso de Calvete de Estrella ni, seguramente, sin el apoyo de Felipe II y la labor de Arias Montano.

Y ahora dos minutos para una entrevista del sabio extremeño. Primero, ¿qué piensa de los impresores de los Países Bajos? Están “mejor surtidos que en Venecia, en Alemania, en Francia o en toda Europa.”

¿Y de los artesanos?: “Son modestísima gente, y no sólo dóciles y fáciles de conducir, sino obedientísimos...”

Y otra vez ¿de los mercaderes? Entre ellos, dice:

hay mucha cantidad de personas honradas... y algunas agudísimas de ingenio... En esta era son los flamencos los más entendidos, universales y diligentes mercaderes del mundo todo...²⁸

Regresado a España, Arias Montano mantuvo relaciones constantes y amistosas con los que le habían rodeado, en especial con Plantin, que publicó sus obras exegéticas y otras. Sea para la Biblioteca del Escorial, que dirigió, sea para su uso personal, siguió haciendo venir de los Países Bajos libros u otras cosas. Entre estos pedidos, hay uno, bastante inesperado: en 1583, Montano desea que le manden plantas y enumera precisamente las 76 especies que le faltan, porque los bulbos y las plantas recibidos anteriormente, dice, fueron dañados por el largo viaje.²⁹

Sobre una semejante visión descansada de un gran sabio que, en su retiro de Peña de Aracena, suspendiendo sus doctos y penosos trabajos, ya gravemente amenazados, se consagra al cultivo de las flores, podemos bien detener la película demasiado fastidiosa, que hemos desarrollado. Antes, sin embargo, intentaremos desprender de ella algunas observaciones de conjunto.

²⁸ Texto “Carta a Zayas, secretario de Felipe II, en 1571”, en Rekens, *op cit.*, 248-9.

²⁹ Theunissen, *loc. cit.*, pág. 87.

Durante poco más o menos los treinta primeros años del siglo xvi, así como en los treinta últimos, pero por causas diferentes, la literatura española estrictamente dicha reluce moderadamente en los Países Bajos. Al revés, los otros cuarenta años atestiguan su presencia y su vida esclarecida. El período entre 1540 y 1560 es especialmente rico, y la cumbre parece situarse en 1556, a juzgar por el número de ediciones, que asciende a casi quince sobre un total de unas 250.

Las relaciones culturales entre España y los Países Bajos se manifiestan particularmente intensas entre España y los Países Bajos meridionales, en donde se encuentran los principales puntos de contacto: Brujas, Lovaina, Bruselas y, sobre todo, Amberes. El nombre de Amberes ha asomado a cada paso de mi bosquejo. La producción de libros españoles está confinada casi exclusivamente en esta gran ciudad comercial, y, entre sus cuatro o cinco importantes impresores, un nombre emerge sobremana, el de Nucio. Martín Nucio (Nuyts) funda su casa en 1540. Ahora bien, desde esta fecha hasta la de su fallecimiento, en 1558, publica nueve obras en francés, trece en flamenco, treinta y ocho en latín, y más de cien en castellano. En cuanto al célebre Plantin, no empieza su carrera de impresor sino en 1555, y a la sazón eclipsará a todos sus concurrentes.³⁰

Bajo Felipe II, como lo hemos notado ya, las condiciones se hacen desfavorables para la difusión de la literatura castellana, que, observémoslo, hallará de nuevo un gran éxito tan pronto como la paz reaparezca, con los archiduques Alberto e Isabel, a principios del siglo siguiente.

En el campo de la producción literaria castellana, el Norte de los Países Bajos se queda atrás durante todo el siglo xvi. Salvo dos tratados religiosos y dos tratadillos técnicos que aparecen muy a finales del siglo, ningún libro español, digo bien ningún, ha salido a luz en aquella región. Cuando el Norte se declara independiente y se subleva contra España, claro que la ruptura se refleja en las relaciones culturales. En el siglo siguiente, si hay numerosas ediciones españolas, son casi únicamente obras religiosas para judíos, y una sola ciudad se distingue por esta literatura rabínica: Amsterdam.

¿A quiénes se destinaban los libros impresos en los Países Bajos del Sur? Por cierto, desde luego a la clientela de Flandes y Brabante, compuesta en gran parte por españoles auténticos y en menor grado por belgas que conocían muy bien el castellano. Pero Osuna, Calvete, Montano y

³⁰ J.-F. Peeters, *L'officine espagnole de Nutius*, pág. 17.

otros nos lo han certificado, muchos libros del Norte se encaminaban hacia la misma España.

Toda la literatura española del siglo XVI no figura ciertamente en los catálogos de nuestros editores, pero algo de toda ella se encuentra allí y en tal cantidad y de tal calidad que si, por el efecto de alguna bomba atómica nuclear, toda la literatura del siglo XVI hubiese perecido en la Península, en los Países Bajos hubiera quedado bastante de ella para que nos la representáramos todavía exactamente y nos fuera permitido esbozar su historia.

PIERRE GROULT

Universidad Católica de Lovaina.